

FX
8519
T8
G8

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004170976

Trelles, José Alonso y.
Gaucha! Drama nacional
en un acto.



BIBLIOTECA DEL TEATRO RÍO-PLATENSE

Número 3

EL VIEJO PANCHO

¡GUACHA!!

DRAMA NACIONAL EN UN ACTO



Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo. 483. — Montevideo



¡GUACHA!!

DEL MISMO AUTOR:

PAJA BRAVA (Versos criollos) \$ 0.40

BIBLIOTECA DEL TEATRO RÍO-PLATENSE -- Número 3

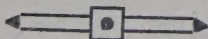
PQ
8519
T8
G8

¡GUACHA!!

DRAMA NACIONAL EN UN ACTO

POR

EL VIEJO PANCHO



MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 485

1913

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Doctor ELÍAS REGULES

afectuosamente

EL AUTOR



PERSONAJES

JULIA, criada por los dueños de la estancia.

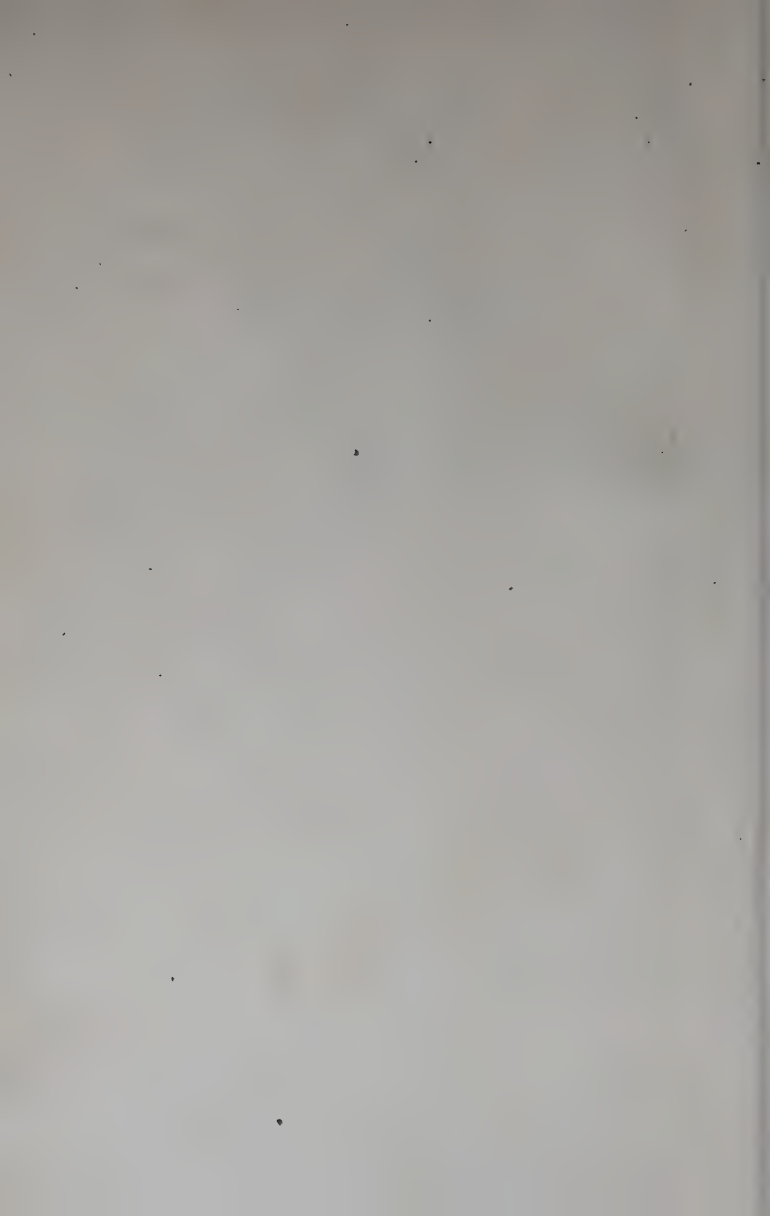
MARTA, hija de los mismos.

ROMUALDA, cocinera.

SANDALIO, peón.

RAMON, capataz.

FÉLIX, su amigo.



Comedor sencillo en una estancia. A la derecha una ventana y una puerta que se supone dan al campo. A la izquierda otra puerta que comunica con las demás habitaciones de la casa y al foro una que lleva a la cocina. En el momento de levantarse el telón Romualda, mujer de cuarenta años, sirve el almuerzo a Sandalio, indio viejo, criado en la casa, y que viene a ser como parte de la hacienda. Ambos hablan en lenguaje netamente criollo.

ESCENA PRIMERA

SANDALIO y ROMUALDA

Sand.—Guacha, sí, señora, l'han criado guacha, pa que usté sepa. Año y medio tenía la pobrecita cuando el patrón la trujo del Asilo. Era linda!...

Rom.—¡De juro! ¿La quiere más linda de lo que es?

Sand.—Güeno; quiero decir que ya anunciaba lo que iba a ser cuando juese moza.

Rom.—Pa mí que eso del Asilo es cuento.

Sand.—Avisé, pues. Cuento y la bajé yo mesmo del coche cuando la traían.

Rom.—¿Y cómo eya *inora* todo?

Sand.—Vaya uno a saber. Se lo habrán ocultao pa que no les pierda el cariño.

Rom.—¡Puede!

Sand.—Mire, doña. No me va a descubrir ¿sabe? Si el patrón sospecha que el indio viejo se jué de boca, ni tapera vi a tener pa juir la osamenta a los lazazos del pampero.

Rom.—Almuerce, almuerce de una vez y dejesé de sonseras. Ni que juera yo de las que pagan pastoreo pa que retoce la sin güeso.

Sand.—No, si ya sé. Pero una alvertencia ¿sabe? Porque áura es que apeligra descubrirlo...

Rom.—¡Cómo no! De juro por miedo a que lo pispé el de Montevideo, que ha estar precisando lo que le toque a Julita cuando se mueran los viejos!

Sand.—¿Tocarle a eya? Ni una guampa de tuita la hacienda. Todo es pa la señorita Marta, que aquí pa nosotros dos tampoco es hija del patrón...

Rom.—(Con sorna.) ¡No diga!

Sand.—Ya verá. La patrona, que dicen que era viuda, aunque nunca se supo de quién, tráiba una niña cuando se casó, Martita. ¡Pobrecita, más güena que un mate bien cebáo. Pues güeno; el patrón la legitimó y áhi la tiene; esa es la que lo hereda todo.

Rom.—Y no será hija de él?

Sand.—De ande yerba. ¡Cuando yo le digo que no!

Rom.—Pa qué entonces sacaron del asilo a Julia?

Sand.—No amuele, doña; pa lo que se sacan siem-

pre; pa aprovecharlas cuando pueden dar servicio.

Rom.— ¡Cómo no, mi vida! Valiente servicio el que le han aprovecháo a la muchacha.

Sand.— ¡Ah! Jué que cuando quisieron acordar la gurisa se les había metido en el corazón, y de ande poder echarla juera. (Bajando más la voz.) Cómo se le metió al capataz, ña Romualda, cómo se le metió al capataz...

Rom.— ¿Y usted qué sabe de eso?

Sand.— ¿Que qué sé yo? Nadita en gracia e Dios. ¿Pero usté no ha óido que indio viejo no duerme, que también he sido mozo y sé el por qué el perro aporreao ni estando solo y a escuras saca la cola de entre las patas?

Rom.— Se mī hace que el vino le ha desmaniao la potranca e los chismes.

Sand.— Puede, doña. Aura me fijo que el pororó está sintiendo el calorcito el juego. ¿Y de áhi? No vi a morir con tanto secreto en el buche, porque pesan mucho y quiero estar liviano pa ganar el cielo. Ultimamente, todo se ha é saber tarde o temprano, y si se lo han de decir los de ajüera, vale más que lo sepa por los de casa.

Rom.— Eso también es verdá.

Sand.— ¿Pero usté no ha pispao que el capataz anda sin sombra por la niña Julia?

Rom.— ¡Vas mal, peludo, volvéte!

Sand.— ¿Mal? ¡Ricién áhura vi a saber lo que es rondar penas! ¡Y si juese eso solo! ¿A que no acierta quien le anda tirando los tientos al ca-

pataz? Pues la otra, la pobre Martita. Y mire, doña; el amor es como mancarrón ocioso: deja el potrero empastao pa dir a comer raíces en la oriya e los caminos.

Rom.— ¡Pucha, viejo desconfiao!

Sand.— ¿Sabe por qué lo digo? Porque el capataz le juye a la que lo quiere p'andar abriendo la boca al mate con la guacha, que pa mi gusto ha estar como pichón de benteveo p'al amor del manate; pidiendo besos...

Rom.— No diga pavadas, ¿quiere?

Sand.— No, si no es pa ofender, doña. Usté sabe que la gurisa Julia es pa mí como si juese mi madre. Ansinita mesmo.

Rom.— Y su... máma ¿era también pa los besos como pichón de benteveo?

Sand.— Y cómo te va del pico! De juro que no le mezquinaba trompa al fináito e mi padre.

Rom.— ¡Qué viejo tan safáo, mi Dios!

Sand.— No, si no es no más que pa que sepa que no es sólo pa los caranchos la pulpa e los corderos mamones; pa que le coste que aunque parezca que mi hago el zonzo sé sacarme la carne e los dientes, y que si mi esponjo como chajá, tampoco permito que se mueva sin pegarle el grito ningún aperiá del baño.

Rom.— ¿Siente viejo?

Sand.— ¿El capataz?... Sosegáte vintén de níquel. Ya sabe, doña... Cayetana se llamaba...

Rom.— Mire, viejo, vaya y duerma ¿no? Y cuidado con hablar de esto con naides.

Sand.— Dice bien, doña ¡A bañarse cusco bayo...

(Sale limpiándose la boca con el dorso de la mano izquierda.)

ESCENA II

ROMUALDA sola y después RAMÓN

Rom.—Viejo condenao. El vino le ha hecho largar tuito lo que sabe. Pa que se fie una de gente que se da al droguis... Lo que me sorprende es que entoavía sea pa muchos misterio lo de la cuna... ¡Si lo sabrá eya! Porque de un tiempo a esta parte anda la pobrecita como alma que pide un padre-nuestro. Y eso que a lo que parece el dotorcito la quiere como a los ojos de la cara y es de los que largan en las primeras partidas. Pero, pa mí que la muchacha no lo puede ver. Cuantito quieran acordar se les apotra la guacha... ¡Lo que semos las mujeres! Y a mí que se me hace que a quien eya quiere de adeveras es a Ramón? ¿Que no? Güeno; ya lo verán. (Pequeña pausa. Lo que sigue lo va diciendo como si continuase en voz alta, a intervalos, un soliloquio mental.) ... Natural.... Ayí está eya... Pues... Y cuando él no la mira se lo quiere comer con los ojos... Y suspira fuerte cuando está sola. Y los suspiros le vienen de muy adentro, de ayá de ande escuende el alma las penas que no queremos que sepanaides... Y redepente le briyan los ojos. Y cuanto se descuida se le redama de ellos un

lagrimón que ha e quemar como juego vivo por lo ligerito que lo siente. (Pausa.) Puede que no ande muy errao el viejo. Porque Marta es ansina, la pobre. Cuanto quiere empezar a ponerse seria se tienta, y... áhi la tienen, riyendo y cantando como un pájaro loco... Y la verdá es que es eya la que más lo busca al capatás... ¡Ah cristiano zonzo!... No sería mala pareja... Porque si eya es güena él no le envidéa el corazón a un santo...

Ramón.— (Desde afuera.) Aten esos perros y yeven las tamberas al potrero e los talas.

Rom.—Ahí está el hombre. Alunáo, de juro. Como si nosotros tuviésemos la culpa de que la guacha no quiera yevarle el apunte.

Ramón.— (Entrando por la puerta de la derecha.) Buen día, Romualda.

Rom.—Güen día, don Ramón. (Va sirviéndole el almuerzo.)

Ramón.—¿El patrón?

Rom.—Por áhi ha de andar. Hace ratito que se levantó.

Ramón.—¡Cómo! ¿Se levantó temprano?

Rom.—Y mandó ensiyar la volanta. De juro pa dir a la Estación.

Ramón.—¿A la Estación?

Rom.—La niña Marta dijo que esperaban al señorito Alberto.

Ramón.— (Como con penosa sorpresa.) ¡Ah! ¿sí?

Rom.—A la cuenta, pa arreglar eso del casorio.
(Con intención.)

Ramón.—¿Quién dijo?

Rom.— ¡Cómo! ¿Y usted no sabe?

Ramón.— Yo no. De ande voy a saber yo esas cosas.

Rom.— ¡Y los patrones no le dijeron!

Ramón.— ¿A mí? A mí no tienen que darme cuenta de eso ni de nada.

Rom.— Pero la señorita Marta...

Ramón.— (Como recordando súbitamente lo que tenía olvidado.) ¡Qué cabeza la mía. Tiene razón; ahora recuerdo que me dijo algo. Pero como ojos tan pronto se arreglan como se desarreglan... ¡Conque el señorito Alberto!... ¡Qué bueno! (Después de una pausa larga en la que se ve que medita, preocupado hondamente retira el plato que apenas ha probado y con la punta del cuchillo se limpia los dientes.)

Rom.— ¿Qué! ¿No se sirve más?

Ramón.— No; hágame un poquito de café bien cargao y tráigamelo calentito.

Rom.— Aurita mesmo. (Vase a la cocina,)

ESCENA III

RAMON solo, después MARTA

Ramón.— (Después de limpiar muy lentamente el cuchillo y ponérselo en la cintura.) Hoy echa aqueyo que no puede decirse la taba de mi vida. Ya era tiempo, últimamente. Porque pa seguir penando por un amor sin suerte, vale más reventar de una vez... ¡Mal haya el cristiano zonzo que se aflige por viarazas de mujer consentida...

Marta.— (Que entra risueña, que es virtud peculiar de su carácter.) Buen día, Ramón.

Ramón.— (Levantándose respetuosamente y también con tono afable.) Buen día, señorita.

Marta.— Siéntese que tenemos que charlar un ratito. ¿Cómo le va? (Se sienta cerca de Ramón apoyando un codo en la mesa.)

Ramón.— (Sentándose.) No tan bien como a usted pero vamos «saliendo el pantano» como dice el viejo Sandalio.

Marta.— (Con leve tono de tristeza) ¡Pobre de usted si no le fuese mejor que a mí!

Ramón.— ¡Ya lo creo!

Marta.— Crealó no más; que no se equivoca. De las penas de los hombres ustedes no más son la causa. Las nuestras no dependen de nuestra voluntad, tienen su origen fuera de nosotras casi siempre. Si yo fuese varón; si pudiese ensayar un buen pingó cuando se me diese la gana, y salir para donde quisiera haciendo sonar las de rayar el patio, que dicen ustedes, pasaría la vida alegre y cantando como los zorzales...

Ramón.— Para eso; para cantar y cantar lindo no necesita usted ser varón, Martita. Le sobra con esa gloria de voz que tiene en la garganta.

Marta.— Gracias. Tiene razón que canto todo el día de Dios; pero ¿a que no sabe por qué?

Ramón.— Porque estará contenta!

Marta.— Porque también se echan afuera las penas cantando a lo que dan los pulmones. Recuerda

la otra tarde, cuando sobre el ombú de la tranquera el casal de caiandrias que tiene ayí el nido, remontándose en un volar que no parece volar, sino un temblor que mantiene sus cuerpecitos en el mismo lugar del espacio, parecía como que se decían mil veces las mismas ternezas y se repelían sin cesar el mismo juramento? Pues también cantaba, mirándolas, la pobrecita que tenemos enjaulada; también cantaba, como si aquello no le recordara que tuvo nido, y escuchó los mismos atrullos, y se bañó en el mismo éter luminoso. Y mire que ha de ser doloroso ver cómo florece en otros corazones la ilusión que en el nuestro se marchitó para siempre!... Bueno, bueno; no empecemos a ponernos tristes. ¿Sabe que Alberto viene hoy?

Ramón.—Acaba de decírmelo Romualda. No sabía.

María.—¿Y que está apuradísimo por casarse?

Ramón.—Sin que me lo jure se lo creo.

María.—(Con intención.) ¿Y que posiblemente no se casará?

Ramón.—¡Cómo!

María.—Sí; más que posible, seguro. ¿No ve que todos esos plazos y todos esos inconvenientes que pone Julia a sus propósitos, no son otra cosa que excusas para dilatar una resolución que sabe disgustará a papá que está contentísimo con ese enlace?

Ramón.—(Con cuidadosa reserva que se demuestra simulando una indiferencia que no siente.) ¿No le quiere, entonces?

Marta.—Ella me asegura siempre que sí, pero me parece que me engaña queriendo engañarse a sí misma ¡Qué sé yo! Hace unos meses que Julia no es Julia. ¿No la ve que me huye, que les huye a los viejos? Pues es con todos más extremosa que nunca cuando la obligamos a estar con nosotros. Diga, Ramón, ¿usted nunca le ha dicho nada?

Ramón.— (Todo cortado por lo inesperado de la pregunta.)
¿Yo? Ni una palabra.

Marta.— ¡Qué raro! ¿Sabe por qué se lo pregunto? Porque ayer de madrugada, soñando, sin duda, sollozaba como bajo la angustia de una pesadilla y decía en voz apenas perceptible: ‘Sola en el mundo, Ramón, sola en el mundo’.

Ramón.—Cosas del sueño, señorita; vaya uno a saber!

Marta.— ¡Ah, no; lo sabremos hoy, dentro de unos momentos. Porque Alberto escribió a papá diciéndole que viene en el tren de las once y que no puede aplazar la boda por más tiempo. Quiere irse a Europa a pasar la luna de miel. ¡Qué lindo, ¿no es cierto?

Ramón.— ¿Irse a Europa? Para quien está acostumbrado al gran mundo, indudablemente...

Marta.— ¿Para usted no?

Ramón.—No, señorita. Al crioyo que no sabe de otro cielo que el del terruño, ni conoce más tierra que los abiertos campos de su patria hay que dejarlo en eya. Si algún día me caso, que lo dudo, porque cuando pretenda buscar novia va a secárseles el corazón a todas las

mujeres, me quedaré en mis pagos, para que sean testigos de mi luna miel el ombú a cuya sombra, pensando en eya canté un triste; el viraró en cuyo tronco grabé su nombre a punta de cuchiyó; el remanso de la cañada en cuya linfa quieta persiguieron mis ojos codiciosos la visión de su imagen...

ESCENA IV

LOS MISMOS y JULIA

que entra después de escuchar desde la puerta de la izquierda las últimas palabras de Ramón y sonriendo tristemente.

Marta.— (A Julia.) ¿ Oíste, Julia ? ¿ Que te cuento del mocito del Arapey ? ¿ No te hace recordar al romántico de Alberto ?

Julia.— (Marcando intencionadamente la frase.) ¡ Ya lo creo que sí !!

Marta.— ¿ Sabes lo que acaba de decirme ? Que el día que piense en casarse se les va a secar el corazón a todas las mujeres. (Oyendo que la llaman.) Voy, voy mamá... (A Ramón.) Con permiso. (Vase corriendo, izquierda.) (Entra Romualda y coloca sobre la mesa la maquinilla de café y frente a Ramón un pocillo vacío en que éste se sirve por su propia mano. Durante este tiempo, Julia ha ido a apoyarse en el alfeizar de la ventana y parece contemplar el paisaje con honda preocupación.) (Desaparece Romualda y Ramón, visiblemente afectado, dirige la palabra a Julia, que

la oye con manifiesta indiferencia, que, no obstante, es solo aparente, hasta que lo indica el diálogo.)

Ramón.—Por fin, señorita, está usted resuelta a ser feliz?

Julia.—(Con ironía dolorosa.) Si, Ramón, decididamente resuelta a serlo. ¿No le parece que no debe perderse la ocasión de atrapar la dicha que se prodiga tan poco?

Ramón.—Ya lo creo que sí. La vida, sin su granito de felicidad, no vale la pena de ser vida.

Julia.—Por eso debía usted aprovechar el que le brinda la fortuna para encariñarse de veras con la existencia. ¡Es tan triste hallarse solo en el mundo!

Ramón.—Debe de serlo mucho, cuando se previene usted tan pronto contra la soledad temida, abandonándonos a todos los que la queremos bien, para cruzar mares peligrosos en pos de un corazón que quizás no se interesa por su suerte tanto como otros...

Julia.—Si al abandonarlos llevase la seguridad de que en mi ausencia alguien a quien quiero entrañablemente, había de sentir el rocío de un afecto sobre los rojos pétalos de la flor del deseo, le aseguro que habría logrado la dicha aun en el mayor de los desamparos.

Ramón.—No la entiendo...

Julia.—¿Quiere que le regale el oído, diciéndoselo con mayor claridad?

Ramón.—Ah, lo de siempre. No me acordaba.

Julia.—¡Caramba! ¡Qué memoria!...

Ramón.—No es tan mala, no crea. Lo que hay es que se distrae. Por embeberse en un solo pensamiento olvida todo lo demás... (Pausa durante la cual absorbe unos tragos de café.) ¡Mejor fuera no tenerla! ¡Mejor fuera vivir a lo bruto; vivir como vivía yo antes de conocerlas a ustedes, que empeñadas en hacerme gente, en educarme a fuerza de trato, desperlaron mi pensamiento, afinaron mi sensibilidad y dieron alas al deseo para volar más lejos de lo que convenia a la humildad de mi condición y a la paz de mi alma!

Julia.—Si supiera todo el mal que me hacen esas tonterías que está diciendo...

Ramón.—No sé por qué. ¿Acaso no es cierto que se habría contentado con menos, que no habría aspirado a lo que aspira,—si no fuese esa transformación,—el guri de las costas del Arapey que las contemplaba a ustedes con la tranquila y desinteresada admiración con que se miran—en la noche serena—los astros luminosos, a los cuales sabemos sin pena que no hemos de subir nunca?

Julia.—(Volviéndose casi ahogada de emoción a su interlocutor.) Y quién dijo que soy astro, si brillo apenas y valgo menos que la más *apagada* de las libélulas? ¿Sabe usted quién soy yo? No lo sabe, no soy nadie; menos que nadie; una partícula de tedio que va por la vida destruyendo venturas y marchitando esperanzas!...

Ramón.—(Con vehemencia y acercándose respetuosamente a ella como temeroso de que le oigan.) Será por eso

que me despreció. Será por eso que no me dejó quererla sino en silencio. Será por eso que no ha hecho otra cosa, después de saber mi adoración, que cortarles las alas a mis sueños locos! Si no es nadie, si vale menos que nadie, ¿por qué, a semejanza mía, puso en lo alto los ojos del deseo? Por qué me prohíbe seguir amándola?

Julia.—Porque no hemos nacido para querernos ¿sabe? Porque para quererse no basta sentirse atraídos recíprocamente: es indispensable que una fuerza que no resida en nosotros nos ate en nudo perdurable o transitorio, pero en nudo aparente por lo menos. Como las plantas, para lograr que cristalicen las flores de la dicha, necesitamos las alas del aura y las antenas de los insectos que lleven y traigan los gérmenes fecundos. ¿Cree usted que no hay más que aflojarles las riendas a los deseos, espolear las ansias, excitar a rebencazos el portro de la voluntad para ir a donde nos empuja el instinto? Se equivoca. Compare su situación con la de los que lo rodean; con la mía por ejemplo.—¡Si supiese usted bien cual es la mía!—Pero bien, compárelas. Hay alguna alma, a la que usted deba ternuras, a la que usted deba consuelos y para la cual sea una sombra, más que una sombra una tortura las preferencias de su corazón para con otra alma? ¿Ha interrumpido alguna vez el soliloquio de sus quimeras la voz de la conciencia que le pida, como me pide a mí la mía, el sacrificio?

cio de su ventura en aras de otro corazón al cual deba usted el olvido de muchas tristezas?

Ramón.—No sé, ni quiero, ni preciso saberlo. Sólo sé que la amo, que mi corazón no tiene otra querencia que el suyo, que mis ojos no ven con otra luz que la que irradian sus pupilas, que mis deseos, y mis ansias, y mis pensamientos no saben otra senda que... la que lleva hasta usted; que esta vida mía ya no paga la pena de que siga arrastrándose por el mundo como un reptil que envenena cuanto toca. Si alguien, fuera de usted, me pidiese el sacrificio, no de la vida que nada vale, sino de mis sueños, que son el tesoro de mi alma, le diría que no; que no lo hago a nadie. Porque el egoísmo no tiene derecho a pedir abnegaciones; porque mi desesperación, porque mi desamparo no pueden ser motivo de ventura para quienes me quieran bien.

Julia.—Cállese ¿quiere? Cállese; no siga blasfemando. ¿Acaso se trata de un sacrificio estéril porque no ha de engendrar la dicha en otra alma? ¿Dide alguien un sacrificio para gozarse en el sufrir del sacrificado? No; se trata de la renunciación de una felicidad que puede amargar toda la vida de un corazón generoso capaz de las mismas abnegaciones por nosotros. Y, después de todo; ¿he alentado yo, por acaso, esa pasión que ofusca su entendimiento y ciega en usted las fuentes más nobles de la sensibilidad? ¿Le he dado motivos para sospechar que había de corresponderle?...

Ramón.— (Con humildad dolorosa.) Dice usted bien, señorita. Siempre me olvido de eso, perdóneme.

Julia.—No, Ramón, no tome a ofensa lo que no es otra cosa que la confesión involuntaria que el corazón adolorido hace a la conciencia implacable. Hoy, que es el día elegido por el Destino para orientar definitivamente mi existencia, necesito repetirme a mí misma que no estuvo en mi mano hacer que fuesen otras las consecuencias de mi conducta en la vida. Sé que, de hoy en adelante, no habrá en el cielo sol capaz de disipar las nieblas de mis días eternamente grises. Sé que le quedan a mi corazón pocas horas para acariciar a sus anchas la única ilusión que aceleró con dulce ritmo sus alborozadas palpitaciones. Sé que las golondrinas de la nueva primavera no aprenderán de mis labios—como diría el poeta triste—el nombre querido musitado por ellos en voz que temía ser oída del propio silencio. Y sabiendo todo eso, y sabiendo también que una sola rebeldía de mi voluntad pondría en mis manos la llave de la dicha, voy al sacrificio resignada para compensar con la más dolorosa de las renunciaciones—en aras de la dicha de María, a quien usted debe querer por lo mucho que ella le quiere,—la flaqueza del alma desolada que abandonándome al darme a luz...

Ramón.— (Interrumpiéndola muy emocionado.) Por Dios, Julia. ¿Cómo sabe? ¿Quién fué el bandido? ..

Julia.—¡ Ah, ¿lo sabía usted también? ¿Sabía usted también que no tengo padres que soy *guacha* ?

Ramón.—Pero diga quién fué. Necesito saberlo para...

Julia.—(Sintiendo que alguien se acerca.) Chist, ni una palabra. Váyase; es Marta. (Sale Ramón.)

ESCENA V

JULIA y MARTA

Marta.—¿Y Ramón?

Julia.—Recién salió. ¿Quieres que lo llame?

Marta.—Déjalo: era para pedirle que me hiciese prender el sulki para ir a esperar a papá; pero ya no voy. Eynos no han de demorar. ¿Qué hora es, ché?

Julia.—(Mirando su reloj.) Las once pasadas.

Marta.—¡Ah, entonces ahora no más yegan.

Julia.—Sí, no han de tardar.

Marta.—¿Y para tu corazoncito?...

Julia.—(Sonriendo con tristeza que no puede disimular.) Siempre llegarán a tiempo.

Marta.—Aunque demoren toda la vida, ¿Verdad?

Julia.—No seas así, Marta!

Marta.—¡Qué mala eres, Julia! ¿Por qué me ocultas tu pena? ¿Por qué no me abres tu corazón? ¿Por qué no quieres hacerme depositaria de tu secreto?

Julia.—Porque no lo tengo; porque lo que tú supones tristeza, no es otra cosa que melancolía propia de mi carácter; porque en mi corazón no hay otros cariños que los que tú conoces...

Marta. — ¡Mentirosa! ¿Acaso quieres a Alberto?

Julia. — Precisamente porque le quiero estoy triste y la pena que me atribuyes es consecuencia de ese amor.

Marta. — No te comprendo.

Julia. — Pues es lo más natural. Casándome con Alberto tengo que separarme de ustedes, dejar esta casa, abandonar todo lo que fué encanto de mis ojos, alegría de mi espíritu. ¿Te parece poco?

Marta. — Ah, no es eso, no. Porque ni te separarás de nosotros más que lo que dure el viaje de novios, ni dejará de ser tuya como siempre esta casa, ni desaparecerán en tu ausencia objetos y seres que hayan sido y puedan ser regalo de tu espíritu... Digo, (Con intención muy marcada.) a menos que emigre álguien bajo la dolorosa pesadumbre de una desesperanza...

Julia. — (Sonriendo) No seas tonta. Fuera de los viejos y de ti, si álguien me echa de menos, será sencillamente por la repentina sensación de un vacío en la costumbre, vacío que llenará demasiado pronto el olvido.

Marta. — No, no te creo, ¡qué quieres! La proximidad del momento que esperamos, va relajando los resortes de tu voluntad y ya no puedes simular una tranquilidad que estás muy lejos de sentir. Has llorado, Julia querida; tu palidez, tus insomnios delatan a mi corazón el secreto del tuyo. Tú no amas a Alberto, no le amas, no le has querido nunca.

Julia. — Bueno; espera a que él venga y te conven-

cerás de si le quiero o no. ¿Por qué había de engañarlo?

Marta.— ¡Qué sé yo! Pero tengo el presentimiento de que vas a hacerte desgraciada de puro gusto. Y ¿por qué? ¿Acaso no hay en el mundo más hombres que Alberto?

Julia.— Podría yo hacerle la misma pregunta, Marta, ya que tú también cuidas con esmero enfermizo la sensitiva del dolor secreto: ¿Acaso no hay en el mundo más hombres que Ramón?

Marta.— (Sorprendida y pudorosa.) ¡Cómo! ¿Sabes tú?...

Julia.— Ya lo creo. «*La plata y el amor es al ñudo quererlos ocultar*»; como dice el viejo Sándalo.

Marta.— Bueno. Pues no quiero ocultarte el primero y el único secreto de mi alma. No es todavía incendio, pero es ya fuego en que, sin darme cuenta, voy quemando el incienso de mi primer cariño. Inútilmente, ¿sabes? Y por eso te lo he ocultado; porque estoy convencida de que el rosal de mi pasión no dará flores. ¿Verdad que es triste saberlo? Para que no llegasen a tus labios las hieles de esta decepción mía, guardé silencio; pero puesta ya en camino de abrirte de par en par las puertas de mi alma para que nada quede en ella que tú no sepas, te diré más: te diré que si no he podido llegar a su corazón fué porque al acercarme yo acababa de ocuparlo la imagen linda de mi buena hermana...

Julia.— No es verdad eso, Marta. Ramón no ha

pensado en mí siquiera, ni yo le he dado sombra de ocasión para que lo hiciese. Se sabe humilde y nos cree inaccesibles a su solicitud, aunque llegara a sentir por cualquiera de nosotras un afecto que fuera más allá del cariño que nos profesa. Además, papá le ha hablado de mi casamiento con Alberto hace ya mucho, y la condición del novio habría desarmado cualquier propósito que alentara por ambas. Así que, hermanita, cuidadito, con sospechar montañas y abismos en la sossegada planicie de un alma que aun no ha sentido el vértigo de la pasión, y en la que puede usted abrir, sin apresuramientos ni impaciencias, hondo surco, y sembrar en él fecunda semilla de ilusiones y de esperanzas. Vamos vamos a arreglarnos. No sea que Alberto me encuentre indigna de la exquisita delicadeza de su gusto. (Salen ambas, besándose, por la izquierda.)

ESCENA VI

ROMUALDA entra apenas salen MARTA y JULIA y acercándose a la puerta por la que ellas salieron, dice:

Rom.—Señorita Julia. ¿Quiere venir un momentito?

Julia.—(Dentro.) Ya vuelvo, Romualda, espere.

Rom.—(Monologando.) Pucha, digo. Lo que es el día de hoy ha e dejar memoria. Andan todos desasosegáos. ¡Qué tizón estará echando humo que tuitos los ojos parece como que quieren

reventar? (Entra un chiquilín con un mate para Romualda. Tómalo ésta y separándolo como para evitar que el líquido, derramándose por lo mal cebado, le caiga en la pollera, se lo devuelve.) Salí condenão, con ese mate que parece... caldo e pobre. Tomá, tomá, daseló al viejo Sandalio que nó le dice que no al agua más sucia si se la dan con bombiya. (Sale el muchacho con el mate lleno.)

Julia.— (Entrando.) ¿Qué quería, Romualda?

Rom.— Señorita: que don Ramón tiene que hablar con usté y me pidió le dijera si podía atenderlo un momentito.

Julia.— Bueno; dígale que sí, pero que venga pronto porque tengo que hacer.

Ramón.— (Entrando.) Ya estoy aquí, señorita. (A Romualda:) Vaya, no más. (Sale Romualda por el foro.)

Julia.— ¿Es mucho lo que tiene que decirme?

Ramón.— Poquito. Lo que baste para poner el corazón cerquita de su brazo, facilitándole la comodidad del golpe. Yo no puedo vivir en esta ansiedad, Julia. Sáqueme de eya, por favor!...

Julia.— ¡Y usted, un varón, va a tener menos coraje que yo, una débil mujer!... ¡Que no se diga!...

Ramón.— Es que usté no sabe lo que es pensar que va a perderse para siempre la última esperanza; pensar que ya no se verá más lo que uno más ha querido en la tierra, cismar que otro va a yevarse lo que era de uno...

Julia.— ¿Y sabe usted lo que es resistir el impulso ciego y poderoso del corazón, bracear contra la corriente impetuosa en el mar siempre albo-

rotado de las pasiones? ¿Sabe usted lo que es apagar voluntariamente y para toda la vida, con el último de los sollozos la luz de la dicha, decirles a los ojos que se cierran para la más hermosa de las visiones; a los oídos que no escuchen más la voz querida, y a los labios que no repitan ya nunca la ternura que el amor formulaba en ellos? Pues si lo sabe calcule todo el valor que tendré yo para hacer lo que hago.

Ramón.—Es que usted no me quiere; es que usted no me ha querido nunca. (Cada vez con mayor exaltación) es que usted ha jugado con mi corazón como el puma hambriento con el borrego perdido en el monte.

Julia.— (Como si recibiera un desengaño en que no hubiera soñado jamás.) ¿De veras? ¿Como el puma tan luego? Bien: ya lo verá dentro de unos cuantos minutos. Y después, cuando le pese haberme juzgado mal; cuando comprenda que no merecía mi pobre corazón esa última puñalada de su egoísmo, vaya a la isleta de los molles y pregúnteles a las enredaderas del cipó qué nombre escribía en la arena con sus flores el puma hambriento que desgarró su corazón como si fueran las entrañas palpitantes de un cordero perdido en el monte... (Sela, oprimiéndose el corazón, por la puerta de la izquierda. Ramón queda como petrificado en mitad del comedor, fijos los ojos muy abiertos en la puerta por la que ella ha desaparecido.)

ESCENA VII

FELIX y RAMÓN

Félix — (Dándole cariñosos golpecitos en el hombro.) Oigale el duro, y qué ligero paran a mano los más ariscos.

Ramón — (Sin salir todavía de su estapor.) ¡El rigor, hermano!

Félix — ¿No te dije, Ramoncito? Ahí lo tenés al pueblero, engayado de juro, porque va a yevarse lo mejor del pago.

Ramón — ¿Yegaron ya?

Félix — Ya están en la sala.

Ramón — ¿Quién salió a recibirlos, ¿te fijaste?

Félix — La vieja y Marlita.

Ramón — Julia ¿no?

Félix — Las novias saben hacerse desear siempre. ¿No te parece? (Pausa.) (Viendo que Ramón no le contesta.) Avisá si se te trabó la lengua.

Ramón — (Sentándose y opriniéndose la frente entre las manos apoyados ambos codos en la mesa.) Ojalá se me trabara el corazón maldito.

Félix (Cariñosamente.) ¡Pero hermano, acordáte que sos varon... Reventá la presiya y dejála que se enarbole con lazo y todo ¡Hay tanta hacienda en los potreras del mundo que es sonsera penar por pulpa flaca. Vení, vení, dejáte e pavear...

Ramón — No, no voy. Pa probar que soy hombre precisa no encoger la entraña dolorida Dejála

no más que se la yeve el *manafe*... Flor del baño, aunque se vista de seda, clavel del aire, aunque la haya educado la ciudad, puede que a lo mejor se le muera en las manos. (Pausa.) ¡Pucha, hermano, que me duele esto (Oprimiendo el corazón.) (Pausa.) Mejor me hubiera mordido la lengua. (Como recordando las últimas frases dichas a Julia.)

Félix.—Pero vos no sabias que ande andan perros sueltos no pueden descuidarse las achuras? ¡Veni, cristiano infeliz! ¿Qué papel estás haciendo aquí? Decíme!...

Ramón.—Papel triste, es verdad; pero siempre menos ridiculo que el de dar a entender que me entrego manco. Quiero verla, ¿entendés? Quiero convencerme de que es mentira eso de que los ojos son las ventanas por las que se asoma el alma a decir lo que siente. Quiero verla después de arreglado el casamiento para escupirle todo el veneno que tengo en el corazón. Después sí, he de irme, me ire para siempre de esta casa en la que me hicieron gente para tratarme, al final como al último sabandija. ¿Querés que dispare como dispara sin que nadie lo corra, el perro que robó un pedazo de pulpa? No, hermano. He de salir como vine; en un buen flite aunque con recadito cantor. (Pausa.) Pero ¿y a donde? Adonde iré yo que no me sigan los ojos tristes de mi chiruza deseada? Donde que no vayan conmigo, acariciándome el alma, aqueyas cosas del nombre escrito en la arena con las

flores del cipó? Donde que vaya a quedarme lejos la islita de los molles en la que decía mi nombre con voz tan bajita que apenas la oía el silencio? No, no puedo irme, pero me estoy ahogando, necesito aire, aire del campo. Vámonos a donde vos quieras. (Salen.)

ESCENA VIII

JULIA y MARTA

Después de unos momentos en que la escena queda sola, entran primero Julia y, siguiéndola, Marta. La primera trae el pelo suelto y parece como trastornada. Se tira en una silla y echa el cuerpo sobre la mesa.

Marta.— (Con penosa ansiedad.) Pero Julia, por Dios, ¿qué tienes?

Julia.—Déjame, déjame. No voy, no quiero ir, no quiero verlo, no quiero ver a nadie, déjame..

Marta.—Bueno; pues le diré a papá que venga para que tú le digas todo eso, para que tú le expliques...

Julia.—No, papá no. Diselo tú, Marta querida, diselo tú sin que te oiga nadie.

Marta.—¿Pero ¿qué le digo? ¡Por Dios!

Julia.—Que me siento incapaz de hacerlo dichoso; que no soy lo que él se supone. Que soy fruto de prostibulo, quizás; flor de fango...

Marta.—No digas locuras, hermana, por Dios.

Julia.—¿Acaso no lo sabes tú también? ¿No sabes que no tengo padres, que soy *guacha*?

Marta.—Y lo sabe Alberto que quiere unir al tuyo su destino. que quiere hacerte feliz...

Julia.—No puedo serlo. Para la luz de la dicha haz de cuenta que soy ciega de nacimiento. **Marta.** Después, ¿qué sé yo lo que llevo en estas venas? Qué sé yo si va por ellas sangre inocente que ahogó, roja de vergüenza, el pecho de una desdichada o veneno del que discurrió como un incendio por las arterias de una mujer perversa? No, no; dile que no puedo quererlo porque soy mala, porque tengo instintos de puma; porque la maldición que debe pesar sobre la culpa de los que me engendraron, caerá mañana sobre la cabeza de mis hijos que acaso no hallarían, como hallé yo, dos seres buenos que los librasen de su pesadumbre... (Viendo llorar a Marta.) ¿Lloras? No llores hermana mía, no llores por Dios. Mira que tu llanto acabaría por enloquecerme del todo. Porque te quiero mucho, Marta; porque te quiero tanto que ya no sé qué hacer para que seas dichosa.

Marta.—¿Pero cómo he de serlo si no lo eres tú?

Julia.—Lo serás: ya verás como si. ¿Oyes? Papá nos llama. Vé, Marta, diles que me he enfermado; que voy dentro de un ratito. Corre, pero dame antes un beso. (Se besan.) Así. ¿Ves como voy tranquilizándome? Anda; voy yo en seguida. Dame otro beso. (Se besan de nuevo y sale Marta corriendo.)

(Julia al quedarse sola siente el pecho oprimido y al levantar la cabeza como buscando aire que falta a sus pul-

mones, advierte, colgado de la percha, el cinto que Ramón puso allí al entrar la vez primera al comedor, en el cual cinto pende, en la pistolera, el revólver. Súbitamente y dando un grito ahogado, toma éste y huye al campo como resuelta a suicidarse. En ese momento vuelve Marta al comedor y no hallándola grita por Ramón. Cuando éste acude, óyese un tiro a alguna distancia, y la detonación provoca en Ramón un presentimiento que le hace mirar su cinto en el que nota la falta del arma, lo que, observado por Marta, arranca a ésta un grito terrible, tras el cual derrúmbase en una silla gritando, — mientras Ramón sale como loco al campo.)

Marta.— ¡ Julia querida, Julia querida !

TELÓN



DEL MISMO AUTOR:

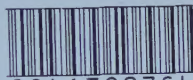
PAJA BRAVA

(Versos criollos) \$ 0.40

PQ8519. T8G8



a39001



004170976b

8/70

